

Notas personales para una necrológica de urgencia *In memoriam* Prof.^a Concepción Castillo Castillo (19 noviembre 1940 – 11 junio 2024)

Juan Pedro Monferrer-Sala
Universidad de Córdoba ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/anqe.96539>

Qad ḥadaṭat ḥawādiṭu fī ṣadri l-islāmi wa-fī ‘ahdi al-dawlati al-umawiyiyati ajaḍat ta ‘malu ‘amalahā munḍu wuḡūhihā [...]

Es el primer recuerdo que tengo de Concha, entonces doña Concepción Castillo para mí. No me atrevería a tutearla hasta pasados los años: “Pero –me dijo un día– ¿cuándo me vas a hablar de tú? Ya no soy tu profesora, tú eres ya profesor, háblame de tú”. Me costaba no utilizar el usted al hablar con Concha, y de hecho tardé bastante en dejar de hacerlo. Le tenía un enorme respeto y en gran consideración; era el modo que yo tenía de demostrarle mi estima. Había sido mi profesora de lengua árabe en las comunes y de literatura andalusí en la licenciatura; posteriormente lo siguió siendo en los cursos de doctorado y finalmente fue mi directora de Tesina y por último de la Tesis Doctoral. Había estado omnipresente durante todo mi viaje universitario: desde las comunes hasta el doctorado, e incluso después.

Era una mañana de octubre –no recuerdo con exactitud el día, tal vez el cuatro, que solía ser el día en el que acostumbraba a dar inicio el curso– e iba a tener lugar la primera clase del último curso de Lengua Árabe de las comunes, tercero. Aula X, final del pasillo a mano derecha, unos metros más allá del ‘Aula Federico García Lorca’. Era una clase pequeña, acogedora. Concha era la profesora titular de la asignatura “Lengua Árabe” y el también llorado Miguel José Hagerty (d.e.p.), otro gran profesor, era el encargado de las prácticas. ¡Qué año! ¡Cuánto aprendimos! Los alumnos, pocos por entonces (cinco o seis, recuerdo), pero en buena compañía, ansiábamos acabar aquel curso que no había hecho más que empezar para entrar en la especialidad y poder cursar solo asignaturas de árabe, hebreo y arameo. ¡Qué ilusión teníamos! En aquellos días de las comunes veíamos a los profesores y profesoras como una especie de seres inaccesibles: don José María Fórneas, don Ángel Sáenz-Badillos, el Padre Darío Cabanelas, don Emilio de Santiago, don Emilio Molina, doña Encarnita Varela... y doña Concepción Castillo Castillo.

Aquella mañana Concha entró en la clase del mismo modo en el que siempre lo hacía y lo seguiría haciendo en años venideros: a la hora en punto, ni un segundo más ni uno menos, con un paso que imprimía un ritmo reconocible a distancia, cabeza erguida (siempre nos miraba fijamente a los ojos) y con una grácil sutileza con la que suavemente cerraba la puerta tras ella para volverse hacia nosotros: “¡Buenos días! ¿Cómo están?” Y empezaba la clase: “Fulano/a, abra el libro por la página tal. ¿La tiene? Comience a leer; deténgase cuando yo le diga y traduzca”. Y así un día tras otro hasta acabar todo el libro y proseguir, a partir de entonces, con textos fotocopiados que ella seleccionaba con esmero. Era Concha tremendamente cuidadosa, muy ordenada y puntillosa en extremo. Abandonaba la clase a la hora en punto, ni un segundo arriba ni uno abajo. No sabíamos cómo lo hacía, pero sus clases funcionaban al ritmo de un reloj suizo.

Concha no solo cumplía todo el temario, iba incluso más allá. Su ritmo era constante, una suerte de ralentí sin fin que nos mantenía en todo momento alerta y atentos. Su corrección con los alumnos era exquisita, pero de trato algo distante; no permitía licencia alguna y mucho menos ningún atisbo de falta de educación en ninguno de nosotros. A nadie se le hubiera ocurrido hacer ninguna gracia en su clase. Eso era del todo imposible con Concha; lo sabíamos muy bien. Como decía un compañero de aquellos tiempos: “¡Eh chacho, aquí hay que estar siempre *al loro*: no se le escapa una!” A clase se iba a trabajar y aprender, ese era su lema ¡Y cuánto aprendimos aquel año! Fue una perfecta combinación alquímica: el orden cartesiano de Concha se complementaba con la deliciosa anarquía ordenada de Miguel. ¡Qué maravilla! Más de una vez he pensado que entre ellos, sin ellos saberlo, ni siquiera imaginarlo, por supuesto, había una especie de inefable conexión que logró iluminar a los alumnos de tercero de aquel año: Pilar, Andrés... Aprendimos mucho y eso lo notamos en los dos años siguientes.

Estoy viendo ahora a Concha sobre la tarima del aula X explicándonos la sintaxis de un texto cualquiera. Lleva un vestido negro de falda con botones, con ribete en rojo en la chaqueta. Concha gastaba una elegancia natural. Su presencia imponía a los alumnos, pero al mismo tiempo éramos sabedores de su

ecuanimidad. Era una persona justa; siempre fue justa. No recuerdo a nadie que se quejase de sus calificaciones, incluso los suspensos. Era comprensiva con todos, sin excepción.

Ya en la especialidad, en quinto curso, volví a encontrarme con Concha como profesora de la asignatura “Literatura andalusí”. Era una profesora distinta de la que yo había conocido en las comunes: dejaba sentir su autoridad académica de forma rotunda, pero siempre abierta a la discusión, dispuesta a escuchar. Viene a mi memoria ahora una discusión de clase entre los alumnos acerca del valor que en unos versos desempeñaba la figura del polisíndeton. Concha asistía a la discusión con un enorme respeto y atención. Sabía guardar silencio cuando la ocasión lo requería. El ritmo de la asignatura, por lo demás, era galopante. Por supuesto, acabamos todo el temario, que impartió de cabo a rabo sin despeinarse. Todavía lo recuerdo: impartía su clase en el aula V (probablemente haya cambiado de numeración en la actualidad), con unos inmensos ventanales donde la luz lo invadía todo. Siempre sentada, pero levantándose cada vez que tenía que escribir un nombre o el título de alguna obra. Las clases prácticas de métrica y comentario las impartía la profesora doña Amelina Ramón Guerrero. Entre las dos, como siempre sucedía con Concha, había también un entendimiento total. Todavía conservo los apuntes de aquel curso: 477 folios escritos por las dos caras. Y para aprobar tuvimos que aprendérmolos *de pe a pa*. El curso era un largo y precioso viaje de un año por la literatura andalusí. Años después, cuando tuve que impartir esa asignatura, vendría a mí en oleadas todo lo que Concha nos había enseñado. Había conseguido inculcarnos toda una serie de conocimientos imprescindibles que en mi caso fueron esenciales en más de una ocasión. Es asombroso recordar ahora cómo aquello que nos enseñaron nuestros profesores, aunque cribado por cada uno a su manera, permanece todavía en nosotros en altas dosis ¡Cuánto me acuerdo de todos ellos! ¡Cuánto los añoro!

Concluyó la especialidad y con ella la carrera. Marché de Granada y perdí de vista a Concha durante varios años. Pero tras andanzas personales en derrotero incierto, retorné a la que siempre he considerado mi casa, Granada, con la idea de comenzar la Tesis Doctoral. Mi intención inicial era estudiar a los escritores egipcios o siro-libaneses de entresiglos (XIX-XX). Sentía una profunda admiración por los ‘Aqqād, ‘Arīḏah, Na‘īmī... Lo intenté, pero los astros no se alinearon adecuadamente ese día y la intentona resultó fallida. Una mañana me vi delante de la puerta del despacho de Concha. Ella estaba dentro: podía apreciar su figura a través del cristal translúcido enmarcado en la puerta. Dudé durante unos instantes si llamar o no. Confieso que Concha, como siempre lo había hecho, me seguía imponiendo. No sé por qué, no había motivo para ello, pero su presencia me imponía. Acabé dando tres golpecitos en la puerta y oí un “¡pase!”. Giré el pomo de la puerta, abrí lentamente y dando un paso al frente entré en el despacho. Concha estaba sentada, de espaldas al ventanal que hacía de pared. “¡Hola Juan Pedro! Dichosos los ojos, cuánto tiempo sin verte ¿Qué es de ti?” Mientras me hablaba dejaba entrever una leve sonrisa –cada vez que recuerdo a Concha se me presenta con esa media sonrisa tan característica suya. Creo que eso me tranquilizó. “Hola doña Concepción, ¿cómo está usted? Me alegro de verla. Venía a preguntarle una cosa si tiene un momento”. “Claro que sí, dime, ¿qué pasa?” y le dije: “Quería preguntarle si usted me aceptaría como doctorando”. Sin dejar de sonreír me respondió de inmediato diciendo: “Recuerdo que fuiste un buen alumno mío, trabajador y respetuoso. Estaré encantada de ser tu directora”. Nos despedimos y me fui.

Unos días después me llamó para que acudiese a su despacho. Ya tenía pensado el tema que me iba a asignar y quería comentarlo conmigo. Me lo comunicó y hablamos durante unos minutos. El tema no me gustaba, pero en ese momento no me atreví a decírselo. A los pocos días, armado de valor, volví a su despacho con la intención de decirle que el tema no me convenía, que no veía en él un horizonte de trabajo claro. Temía que se enfadara e imagine mil fórmulas para decírselo, pero una vez delante de Concha se me escapó un simple “Doña Concepción, no acaba de gustarme el tema para la tesis”. Concha, sin darle la más mínima importancia, me dijo: “Voy a pensar en otro tema, en unos días te llamo”.

Así fue. Volví a su despacho apenas unos días después y nada más entrar me saludó y abriendo una carpeta marrón me dijo: “Esto puede que te guste. Es una obra de escatología”. Tenía delante de mí unas fotocopias impolutas de la edición beirutí del *Kitāb waṣf al-firdaws* del granadino Ibn Ḥabīb. Concha prosiguió: “He hablado con la profesora Maribel Fierro, que me ha mandado una copia de la obra y me ha dicho que puedes trabajar en ella”. Al salir de su despacho me senté en una de las mesas de la biblioteca del Departamento de Estudios Semíticos y estuve unas dos horas leyendo partes del texto. Estaba muy ilusionado: el texto era estupendo, la temática de la compilación de hadices una maravilla. Era lo que yo realmente quería. Era una obra hecha a mi medida. El texto era un regalo, un precioso regalo. Y Concha, que tenía pensado aprovechar sus contenidos para trabajos de investigación suyos, renunció a él y lo puso a mí entera disposición. Concha, además, llevada por su rectitud me comentó que la profesora Maribel Fierro le había comunicado que una doctoranda suya, M^a Mercedes Lucini, estaba redactando su Tesis Doctoral y el *Kitāb waṣf al-firdaws* era uno de los materiales que estaba utilizando. Y como me ordenara Concha, me puse en contacto con Mercedes Lucini y no hubo problema alguno: ella iba a utilizar la obra en el contexto andalusí en el que se enmarcaba su Tesis; yo, por mi parte, iba a traducirlo y estudiarlo en su contexto oriental. No nos estorbábamos; quedamos los dos de acuerdo y estuvimos en contacto durante un tiempo. Luego, por motivos que no hacen al caso, acabé editando el texto, corrigiendo los errores que contenía la edición beirutí, en una edición que todavía sigue inédita. Tal vez es el momento de retomar el texto, revisarlo y editarlo como homenaje a Concha. Le comuniqué a Concha mi conversación con Mercedes Lucini y me dijo: “Has hecho muy bien, lo que corresponde en estos casos. Ahora a trabajar”. Y así lo hice.

Durante esos años nunca se me ocurrió hacer lo contrario de lo que me aconsejara Concha. Y no se me ocurría porque ella siempre tenía razón. Fue una guía ejemplar para mí en aquellos tiempos ¡Qué va! Fue más que eso. Me protegió de ciertos vendavales, me indicó el camino que debía tomar y me ayudó en momentos difíciles. Sea un ejemplo como muestra. Concha sabía que por aquellos tiempos no andaba yo

económicamente bien, pero su extremada educación hizo que nunca me preguntara sobre ese asunto. No sé cómo, pero ella y otro profesor de hebreo lo sabían. Un día me llamó a su despacho: “Tengo un trabajo para ti ¿Quieres trabajar como corrector de pruebas para...?” (permítanme en este punto que omita ciertas referencias). Yo rápidamente le respondí que sí: me hacía falta un trabajo, pues las clases que impartía dejaban poco. Me dijo a qué lugar debía ir y con quien hablar. Así lo hice, a pies juntillas. A los pocos días, al encontrarme en el pasillo del Departamento me preguntó: “¿Cuánto van a pagarte?” Como tantas veces, me pilló con el paso cambiado y le contesté que no había preguntado por eso. “Pero Juan Pedro, ¿cómo no preguntas eso? Ven a mi despacho”. Ya en su despacho, cogió el teléfono y tras una breve conversación concluyó: “¡Bien, pues le pagáis ... pesetas!” (también aquí sabrán disculpar la omisión). Yo estaba más contento que unas pascuas. Me sonrió y nos despedimos. El tiempo pasó, cumplí con todo el trabajo que se me encargó, pero no conseguía que me pagasen. Costó mucho cobrar; todo eran largas, idas y venidas sin conseguir nada. Yo había dado el asunto por perdido y ya me había resignado. Un día Concha me preguntó si me habían pagado y le dije que aún no. Y cogió de nuevo el teléfono. Concha, con semblante serio y voz grave, le dio un buen repaso a quien estuviera al otro lado del auricular ¡Pobre de quien fuera! Cuando terminó de hablar me dijo: “Ve mañana a las 10 en punto y te pagarán”. ¡Vaya si pagaron! Cobré y aquellas ... pesetas fueron desde entonces “las ... pesetas de Concha”. ¡Qué bien nos vinieron! Gracias a ellas aquel verano fue diferente. Y una vez más fue gracias a Concha.

Concha había dado el visto bueno para la defensa de la Tesis, pero de repente, en medio del inicio del papeleo, todo se complicó. Su madre enfermó y ella entró en un estado de acuciante preocupación. Estaba muy asustada, creía que su madre no iba a poder superar la enfermedad y la angustia la atenazaba. Me lo hizo saber y me pidió que me encargaré de los asuntos administrativos para el depósito de la tesis, pues ella se hallaba desorientada. Fueron unas semanas complicadas para ella. Yo no sabía qué hacer para ayudarla. La llamaba de cuando en cuando (me aterraba molestarla) y en varias ocasiones fui a su casa a preguntar como se encontraban ella y su madre. Pero los malos presagios se fueron disipando, su madre se recuperó y Concha volvió a la normalidad. La tarde en la que acudí a recoger los volúmenes impresos de la Tesis en un encuadernador que se hallaba no lejos de casa, cogí los dos primeros y fui corriendo a entregárselos a su casa. Concha abrió la puerta sonriente y me dijo: “Mi madre ya está bien y ahora me trae este regalo! ¡Hoy es un día estupendo!”. De cierto que lo era, Concha había vuelto a su ser tras unas semanas aciagas.

Había que prepararse para la defensa de la Tesis, y “ya conocéis mi torpe aliño indumentario” que cantara don Antonio Machado. Sabedor de la pulcritud y las formas exquisitas de Concha, asumí que no podía defraudarla tampoco en ese aspecto. Me compré una chaqueta, un pantalón y unos zapatos para el día de la defensa de la Tesis Doctoral. Recuerdo que la mañana del día de autos me topé con el Prof. Fórneas –a la sazón el presidente del tribunal– en las escaleras de la entrada al edificio y me arreó un: “¡Hombre, vas vestido de primera comunión!” Fui directo a la cafetería para hacer tiempo y allí me encontré con Concha e Inmaculada Cortés (d.e.p.), que me dio un beso. Concha me dio otro: fue el primero que yo recuerde. Estaba nerviosa. “¿Cómo te encuentras? ¿Estás nervioso? Tómate una copa de coñac para estar tranquilo, yo me la tomé el día de mi Tesis y me fue bien”. Estaba tranquilo. El acto discurrió por los cauces normales y el tribunal fue benévolo conmigo. Pasados los años, recuerdo a los miembros del tribunal con enorme cariño y gran respeto: don José María Fórneas, doña María Jesús Viguera, doña Maribel Fierro, don Miguel Pérez... Vino incluso un suplente, don Camilo Álvarez de Morales, paisano y entrañable amigo de Concha, hoy mío también. Concha estaba muy contenta, estaba realmente radiante. Nunca la había visto tan contenta y dicharachera. Desconocía esa otra virtud de Concha, que me llenó de alegría. Me reconfortaba saber que estaba orgullosa de mí y del trabajo realizado. Tiempo después, ya amigos, me lo diría en varias ocasiones. Pero era yo quien estaba orgulloso de haber sido su alumno. Concha, sigilosamente y como quien no quiere la cosa, me lo había dado todo: poco a poco, con mesura, para que no me atragantase, pero me dio todo lo que pudo. Siempre estaré en deuda con ella a sabiendas de que conseguí devolverle muy poco de todo cuanto ella me había dado.

Crucial fue también Concha en mi carrera profesional. Gracias a ella ingresé como miembro del Grupo de Investigación “Ciudades Andaluzas bajo el Islam”, al que permanecí ligado durante catorce años, hasta que un vicerrector de investigación de la Universidad de Córdoba me vio trabajando en un ordenador que llevaba grabado en la tapa superior el emblema de la Universidad de Granada y me dijo que dada mi situación de profesor de la Universidad de Córdoba debía dejar el grupo granadino e integrarme en uno de Córdoba. Así tuve que hacerlo. Creo que lo entendieron todos los miembros del Grupo. Mi amigo el profesor Paco Vidal, que también fue miembro, tuvo que tomar unos años antes la misma decisión, aunque por otros motivos. Los catorce años que estuve en el Grupo fueron maravillosos y aprendí mucho de todos sus integrantes. Cuando ingresé la Directora era Concha: allí estaban don José María Fórneas, don Emilio Molina, doña María del Carmen Jiménez Mata, doña Celia del Moral, doña Inmaculada Cortés, doña Amelina Ramón ..., luego llegaría doña Maribel Calero. Me sentía un privilegiado entre ellos, algunos de los cuales habían sido mis profesores unos años antes. Y Concha me encargó un primer trabajo. Un día, en una reunión del Grupo dijo: “El Grupo dispone de un dinerillo y creo que sería conveniente editar la Tesis de Juan Pedro. ¿Estáis de acuerdo?” Todos lo estuvieron. ¡Cuánto debo también a su generosidad! El dinero daba para publicar un texto aminorado de la Tesis, para unas 300 páginas. Me puse a la tarea y cuando hube preparado el texto fui a entregárselo a Concha. Le dije que para mí sería un honor que escribiese el prólogo del libro. “Sabes que no estoy acostumbrada a escribir prólogos –me dijo– y hay personas más preparadas que yo para hacerlo; ¿quieres que se lo pida a alguien?” Le dije que yo deseaba que lo hiciera ella. Nadie más que ella podía hacerlo; era mi ilusión, se lo rogué. Lo hizo maravillosamente y me lo entregó redactado un día del mes de junio del año 1997. Estoy muy orgulloso de ese ramito de páginas que escribió para mí. Luego vendría otro encargo

muy importante para ella, un volumen en homenaje de don Luis Seco de Lucena Paredes, con quien Concha había tenido una gran relación profesional. La ayudé a prepararlo junto con Inmaculada Cortés y lo pasamos de rechupete, nos reímos mucho y disfrutamos lo indescriptible. Recuerdo recorrer con Concha, en su coche, varias imprentas en el polígono industrial de Maracena buscando la mejor de ellas para editar ese y los posteriores volúmenes de la colección *Al-Mudun* que empezó a editar el Grupo. Arte Juberías y CIA S.L. fue la elegida. ¡Una experiencia inenarrable!

Tras la defensa de la Tesis, Concha hizo cuanto pudo para que me tomasen en consideración; hablaba con unos y con otros –siempre con delicadeza y tacto, sin presionar a nadie; no era ese su estilo– para que me conociesen ¿Quién puede olvidar eso? El año en el que Concha se jubiló quedó sin asignar la docencia de un curso de máster del Departamento de Estudios Semíticos de la Universidad de Granada. Era un curso que habían impartido Concha y Miguel Pérez. La parte de Miguel la había asumido mi querida colega, la profesora Olga Ruiz Morell. La de Concha estaba en el aire. Me escribieron poniéndome al tanto de la situación y ofreciéndome la posibilidad de impartir la mitad de la asignatura, cuyos contenidos versaban sobre la composición del Corán y la *sunna*. Y una vez más, ¿quién había dado mi nombre?: Concha. Y me hice cargo de su asignatura conocedor de que ese era otro regalo que Concha me enviaba. Siempre Concha, una y otra vez.

Ya jubilada, que no retirada, Concha seguía participando en congresos y seminarios a los que era invitada. La profesora María Jesús Viguera y yo concebimos un día la idea de hacerle un homenaje a Concha en forma de libro. Nos pusimos en contacto con Raif Georges Khoury (d.e.p.), que había tenido una excelente relación académica con Concha, y aceptó gustoso formar parte del comité editorial. Escribimos a colegas y la respuesta fue excepcional: un volumen de más de 560 páginas con 33 colaboradores y todo ello en un tiempo récord, apenas unos meses. Todos respondieron a nuestra llamada sin un pero. Recuerdo que por aquellos días el prof. Ángel Sáenz-Badillos (d.e.p.), gran amigo de Concha desde hacía muchos años, ya no atendía compromisos; pero ahora el caso era distinto –me dijo: “¡Por Concha lo que haga falta!” Mandó su colaboración el primero. Si no estoy equivocado, ese trabajo fue su última publicación ¡Otro grandísimo profesor! ¡Excelso! El resultado fue el volumen *Legendaria Medievalia en honor de Concepción Castillo Castillo*, ed. Raif Georges Khoury, Juan Pedro Monferrer-Sala, María Jesús Viguera Molins, «Horizontes de al-Andalus» 1, Córdoba: Ediciones El Almendro – Fundación Paradigma Córdoba, 2011.

Tuvimos suerte de que Concha no se enterase de nada. Nada imaginaba cuando, aprovechando un Congreso en Córdoba, ideamos una sesión “fantasma” al final de la tarde. La sentamos en la mesa y le hicimos entrega del volumen entre los aplausos de los colegas asistentes. La sala estaba llena. Concha no salía de su asombro, no daba crédito a lo que estaba sucediendo: pasó de no saber qué estaba pasando (la habíamos engañado para que ocupase un lugar en la mesa) a verse aplaudida por todos. Cogió el volumen y algo nerviosa y aún llena de asombro pronunció unas palabras de agradecimiento a todos. Fueron unas palabras sentidas, de honda emoción. Recuerdo que nos dijo a María Jesús Viguera y a mí en medio de los aplausos: “¿Qué habéis hecho? ¡Pero si yo no merezco esto!”, a lo que María Jesús, su amiga fiel, replicó: “¡Concha, tú te mereces eso y más!” Yo no podía hablar, tenía un nudo en la garganta viendo lo contenta que estaba Concha. Estaba realmente feliz, todos estábamos muy felices. Fueron unos momentos maravillosos, un acto muy emotivo. Concha lo recordaría tiempo después muy a menudo. Y de cuando en cuando nos pedía ejemplares para regalarlos. Estaba orgullosa de su *Homenaje*. Para ella fue un premio: era el reconocimiento de sus colegas y alumnos a toda una vida dedicada a los Estudios Árabes. Pero era algo más: el reconocimiento a una profesora honesta, a una persona buena, de una dignidad sin límites.

Los años pasaron y llegó ese día que nadie deseaba, ese fatídico 12 de junio de 2024 en el que Concha emprendió viaje. Se ha ido cuando llega ese final en el que todo perdura. Algo parecido cantó el bardo preislámico al-Samaw'al:

Yuqarribu ḥubbu l-mawti āyālanā lanā Wa-takrahu āyāluhum fa-taṭūlu

¡Ojalá su viaje haya sido dulce! Hoy, dos días después, con el corazón malherido y los ojos nublados, me encuentro ordenando este manojo de recuerdos personales (pido disculpas por ello, pero no he tenido fuerzas para escribir otra cosa en tal trance), poniendo en orden con urgencia, con dolorosa urgencia, unas notas en recuerdo de mi profesora, doña Concepción Castillo. El deseo no es otro que mostrar a quienes no la conocieron cómo era la Prof.^a Castillo. Mi querido y admirado amigo y compañero, el Director de *Anaquelel*, el profesor Pedro Buendía, al saber del fallecimiento de Concha me pidió ayer que redactase siquiera unas líneas a uña de caballo. No quiere entregar el fascículo, ya compuesto, sin incluir una nota de reconocimiento de la profesora Concepción Castillo. Sería una falta de consideración no hacerlo; y como tiene toda la razón, a su requerimiento me he plegado obediente. Le honra tal decisión, por la que le quedaré eternamente agradecido.

Hoy todo me duele, todo es dolor en mí. Hubiera preferido decir con santa Teresa aquello de “Quíteme Dios esta carga, / más pesada que el acero”, pero no puedo hacerlo, no quiero; el recuerdo de Concha me arrastra a cumplir con la obligación. Ella así lo hizo en ocasiones con otros compañeros y compañeras. Ahora nos corresponde hacerlo por ella. En estos tristes días me acuerdo de sus familiares, a los que me uno en su dolor. También tengo presente a mis queridos compañeros del Departamento de Estudios Semíticos de la Universidad de Granada, la casa de Concha, a quienes expreso mis condolencias por su irreparable pérdida. Y con ellos, a los compañeros de toda España, y de más allá de nuestras fronteras; a todos los que conocieron a Concha. Concha se ha marchado y con ella se ha ido una parte importante de algunos de nosotros. Hace dos días que Concha se ha ido y me siento extraño. Siento un enorme vacío que no sé cómo llenar. Es Concha que no está. Te queremos Concha. Cuidate allá donde estés ¡Descansa en paz!